

Máxima representaba perfectamente su papel, y ni remotamente sospechó Pedro el interés que la guiaba al ir á verle.

—Pues mira, muchacha,—le dijo el molinero;—lo que me cuentas es más grave de lo que te imaginas, y será necesario aclarar este punto lo más pronto que se pueda; porque si desgraciadamente Mauricio hubiera tenido la impiedad y la locura de recurrir á las malas artes para conseguir la mano de mi hija, te aseguro que antes querría verla muerta que en poder de un hombre que se hubiera olvidado de Dios hasta ese extremo.

El corazón de Máxima sintió una grande expansión con estas palabras del molinero, y dado el primer paso creyó imposible que Pedro pudiera acceder á la petición de Mauricio, con lo cual ella veía asegurado su triunfo; por lo cual dijo al molinero, procurando disimular su emoción:

—¿Cree usted, señor Pedro, que sea ese el misterio que me oculta mi primo?

—¿Cuál otro puede ser?

—Sí, ya veo que las sospechas que usted tiene son justas, y ahora que reflexiono, recuerdo que ese collar que Mauricio lleva desde la noche de que he hablado es de tal naturaleza, que no puede apartarlo de sí un momento por más que lo quisiera. Varias veces he intentado arrancarle ese maldito talismán durante su sueño; pero ha sido en vano, pues al querer quitárselo, se le adhiere de tal modo al cuello, que no hay fuerza humana que pueda separarlo. Otras veces procuraba cortarlo, pero las tijeras se doblaban como si fuera de hierro, y obtenía el mismo resultado. Todo esto me hace creer que la tal cuerda es un talismán infernal, y que el poder del demonio es el que ha dado á Mauricio todo lo que ahora posee.

(Continuará.)

LOS DOS SUSPIROS.

Se encuentran en el camino
dos suspiros, muy de prisa;
el uno vuela en la brisa,
el otro en un torbellino.

—¿Do vas en tal ocasión,
esencia de una alma pura?
—Voy á calmar la amargura
De un amante corazón.

—Y tú, esencia de dolor,
¿dónde vas por este cielo?
—Voy á llevar un consuelo
á otra alma muerta de amor.

—¿Muy lejos fuiste á nacer?
—En muy secretas regiones,
en los últimos rincones
del alma de una mujer.

—Y yo también, no te asombre,
buscando mi muerte en calma,
de una mujer voy al alma
desde el corazón de un hombre.

—Soy una gota de hiel.
—Yo de la pena soy riego.
—Yo soy llanto.—Yo soy fuego
—Yo soy de ella.—Yo soy de él.

—¿Ella y él?—Ambos se adoran,
corazones afligidos.....
Somos destellos perdidos
de esas dos almas que lloran

—Corazón de amor henchido
á mí la vida me dió.
—De un latido nací yo!
—Yo nací de otro latido.

Una misma es nuestra esencia
nuestro afán es uno mismo.
—Sea uno, pues, el abismo
que trague nuestra existencia.....

Y entonces los dos suspiros
en uno se confundieron,
y volando se perdieron
del torbellino en los giros.

Los dos suspiros amantes
besáronse al fenecer,
y el eco fué á estremecer
dos corazones distantes.

LUIS RODRÍGUEZ VELASCO.

ROSITA LA PEINADORA.

Al calor de un sol de Mayo
nació en Madrid esta Rosa,
agraciada y desgraciada
como nacen tantas otras